

Cuidadoras y educadoras populares: Una aproximación etnográfica sobre el trabajo socio comunitario en un espacio de primera infancia

Camila Ailén Stefanetti (CITRA, CONICET-UMET)
stefaneticamila@gmail.com

Introducción

Esta ponencia pone en común una serie de reflexiones preliminares en torno a las prácticas de cuidados llevadas a cabo en un espacio de primera infancia (EPI) en el marco de un proceso de organización colectiva y demandas por el reconocimiento del trabajo de socio comunitario. Este análisis forma parte de mi trabajo de investigación doctoral en curso sobre las prácticas y sentidos construidos por mujeres que participan en espacios de agremiación de la economía popular, en torno al trabajo remunerado y al trabajo no remunerado. Dicha investigación doctoral es desarrollada en el marco del Programa Antropología en Colabor, desde donde llevamos a cabo un trabajo prolongado con organizaciones de trabajadores y trabajadoras de sectores populares en torno al análisis del modo en que se articulan las prácticas políticas colectivas y las formas de (re)producción de la vida de estas poblaciones en articulación con dinámicas de dominación y modos de gobierno. En particular, se ha venido acompañando procesos de organización de trabajadores y trabajadoras que se definen como parte de la economía popular y que forman parte de la Unión de Trabajadores y Trabajadoras de la Economía Popular (UTEP).

En esta ponencia, pretendo centrarme en analizar los significados construidos en torno a la noción de cuidado en un EPI, a partir de las distintas prácticas y estrategias llevadas a cabo por sus trabajadoras, quienes ya venían formando parte de un proceso de organización política de más largo aliento dentro de la economía popular como parte del Movimiento Evita- UTEP. Los datos reflejados a lo largo de esta investigación fueron construidos en el marco de mi trabajo de campo etnográfico iniciado en abril del 2024 - el cual continúa hasta la actualidad - en el EPI: “El mundo del Revés”, uno de los tres espacios de cuidado del Movimiento Evita ubicado en el barrio de Caseros, en el municipio de Tres de Febrero. La investigación incluyó como estrategias metodológicas la observación participante, entrevistas en profundidad y registros de campo.

El EPI “El mundo del revés”, fundado en 2020, se inscribe en una historia de más larga data en la que las organizaciones sociales han desempeñado un papel esencial en la provisión de infraestructuras para la atención infantil, continuando una tradición de cuidados comunitarios

(Zibecchi, 2013; Paura y Zibecchi, 2014; Fournier y Loritz, 2022). Diversos trabajos han explorado las dinámicas internas de los espacios de primera infancia, poniendo especial énfasis en el papel de las mujeres dentro de estas iniciativas y en las estrategias implementadas para sostenerlos (Zibecchi y Mouriño, 2012, Zibecchi, 2019; Santillán, 2014; 2019). En esta línea, Fournier y Gorgoschidse (2014) y Fournier y Loitz (2022) destacaron cómo la articulación de estas iniciativas con políticas sociales ha sido clave para el crecimiento y sostenibilidad tanto de las organizaciones como de las propias políticas de cuidado infantil. Por su parte, Paura y Zibecchi (2014) y Guzmán (2020), indagaron cómo los espacios de cuidado infantil fueron concebidos desde una visión integral, tensionando la dicotomía entre cuidado y educación. Asimismo, Arango Gaviria (2010), Zibecchi (2013) y Fournier (2017), estudiaron cómo la profesionalización de estos espacios es central, para lograr el reconocimiento económico y moral de su trabajo.

Con el objetivo de contribuir a la literatura sobre los espacios socio comunitarios, propongo un análisis etnográfico sobre las prácticas cotidianas desarrolladas por trabajadoras socio comunitarias que ya formaban parte de un proceso más amplio de organización política dentro de la economía popular. En particular, me enfocaré en cómo estas mujeres otorgan significado al cuidado en el EPI, a través de prácticas sustentadas en sus trayectorias militantes previas vinculadas a la educación y cuidado popular, las cuales se nutren tanto de sus experiencias individuales y colectivas como de las formaciones que han recibido.

La antropología política sugiere alejarse de la visión de la acción colectiva como un evento aislado; para enfocarse en las prácticas cotidianas, los procesos organizativos más amplios y las disputas y encuentros con instituciones estatales (Grimberg, Fernández Álvarez y Rosa, 2009; Poole, 2012; Fernández Álvarez, 2017). En articulación con estos trabajos, un conjunto de investigaciones exploró la centralidad de una serie acciones colectivas no mercantiles ni remuneradas que contribuyen a mejorar las vidas de quienes habitan los barrios populares, tensionando los límites de aquello que se define como “trabajo” (Fernández Álvarez, 2018; 2019; Pacífico, 2020; Fernández Álvarez y Pacífico, 2022; Pacífico y Señorans, 2023).

Estos aportes recuperan una línea de debates feministas que analizan las transformaciones del trabajo en el capitalismo actual en torno a las nociones de trabajo afectivo e inmaterial (Bear et al., 2015; Hochschild, 2008). Por su parte, estudios feministas en los 90 construyeron un eje de debate en torno al “care”, problematizando el lugar de las mujeres en la sociedad, la distribución de responsabilidades y poder político en torno al cuidado (Tronto, 2020). Identificaron la importancia del “care” en el proceso de trabajo, más que en el lugar donde ocurre -hogares o mercado- (Folbre,

2006), evidenciando que sus beneficios no se limitan a quienes lo reciben, sino que impactan en toda la sociedad y la economía (Folbre, 2006 y Picchio, 2009).

Poniendo en diálogo estos enfoques analizaré cómo las trabajadoras del EPI, a partir de sus saberes acumulados en cuestiones de educación y cuidado popular, desarrollan prácticas de cuidado fundamentadas en una estrategia de profesionalización de la actividad, vinculada a una demanda central de la Rama Socio Comunitaria de la UTEP: reconocimiento de su trabajo, derechos laborales y un salario digno. En este artículo, estructuraré el análisis en torno a dos ejes fundamentales relacionados con el trabajo de cuidados en los espacios de primera infancia (EPI). En la primera sección, reconstruiré las trayectorias de las trabajadoras y cómo, a partir de sus prácticas, dotan de un significado particular el cuidado en el EPI. En la segunda sección, analizaré el proceso de profesionalización implementado como una herramienta clave para visibilizar el trabajo y las estrategias llevadas a cabo en el EPI ante la actual crisis económica. Finalmente, en la última sección, presentaré algunas reflexiones integradoras que ofrecerán conclusiones sobre los hallazgos y su relevancia en el contexto actual.

Nosotras, cuidadoras y educadoras populares

Un lunes de abril ingresé por primera vez al EPI "El Mundo del Revés". El espacio se presentaba como un lugar cálido y acogedor, una suerte de refugio que generaba una sensación de confort contrastando con los 8 grados del exterior. Tenía dos salas, en una se desplegaba un mural lleno de dibujos de fauna local, mientras que la otra sala estaba ambientada como si fuera el océano, llena de dibujos de animales marinos. El espacio principal estaba compuesto por una mesa baja y larga, rodeada de sillas pequeñas. Había juguetes diversos, como mini aros de básquet, juegos blandos y dos minis peloteros. Al observar a través de las ventanas, se podía ver un patio lleno de plantas y un gran arce cuyas hojas amarillas caían, creando un colchón de hojas amarillas sobre el suelo. Me recibió Graciela, su directora, quien me invitó a sentarme en una pequeña silla de madera y comenzó a reconstruirme la historia del EPI, el cual fue fundado en 2020. El espacio físico pertenecía a la Asociación Civil Red Viva, dedicada garantizar el cuidado integral de niños, niñas y adolescentes que han sufrido violencia y abuso sexual, brindándoles herramientas para su sanación psicofísica y

acceso a la justicia¹. Gracias a la vinculación de esta organización con una concejala de Tres de Febrero, parte del Frente de Todxs y militante del Movimiento Evita, lograron articular esfuerzos para crear el EPI. Se acordó compartir el espacio y los costos operativos con otras iniciativas que tenían lugar allí, como un bachillerato popular y las actividades de Red Viva. La creación del EPI era parte de una apuesta más amplia impulsada en los últimos años por la UTEP y en este caso particular por el Movimiento Evita en donde se promovía la creación de espacios socio comunitarios en los barrios y su profesionalización a partir de convenios con distintos actores. De esta manera, las condiciones que posibilitaban la existencia del EPI eran producidas a partir de la articulación y relación entre distintas áreas estatales, asociaciones civiles, organizaciones sociales y familias del barrio. La presencia del Movimiento Evita, no sólo se evidenciaba a partir de la apuesta de esta organización por crear esos espacios y profesionalizar a sus trabajadoras, sino también a través de la entrega de alimentos y mobiliario. Por su parte, al no contar con personería jurídica, el EPI articulaba con la Asociación Civil y Comunitaria José Martí² para presentar proyectos en convocatorias públicas del ex Ministerio de Desarrollo Social de la Nación, lo que les permitió acceder a fondos para la compra de un horno industrial y una heladera. Asimismo, la autogestión era un aspecto clave para el sostenimiento del EPI. En varias ocasiones, las trabajadoras se veían obligadas a aportar de su propio dinero para cubrir las compras diarias, una práctica que se volvía cada vez más difícil debido a la situación económica que enfrentan las trabajadoras socio comunitarias. En esta línea, Graciela explicó que, hasta diciembre de 2023, las trabajadoras recibían ingresos del Programa Social Potenciar Trabajo³, junto con un suplemento del Programa Nexo⁴. Sin embargo, tras la llegada del nuevo gobierno, el Programa Nexo fue discontinuado, mientras que el Potenciar Trabajo, ahora reconvertido en dos líneas: Volver al Trabajo y Acompañamiento Social⁵,

¹ A través de proyectos de contención, prevención y visibilización, la organización busca reducir desigualdades, empoderar a mujeres y jóvenes, e incidir en políticas públicas. Además, colabora con otras OSC mediante capacitación y genera investigaciones para fortalecer el trabajo en red en áreas como salud, justicia y educación.

² La Asociación Comunitaria José Martí es una organización civil apartidaria y sin fines de lucro que trabaja en los barrios populares de Tres de Febrero. Su objetivo principal es promover el desarrollo social en las zonas más vulnerables, basándose en el compromiso y la participación comunitaria para avanzar hacia una sociedad más justa e igualitaria.

³ El "Potenciar Trabajo" fue una política de transferencia directa de ingresos establecida en marzo de 2020 bajo la jurisdicción del Ministerio de Desarrollo Social. Los beneficiarios de este programa recibían un monto equivalente al 50% del Salario Mínimo Vital y Móvil (SMVM).

⁴ El programa "Nexo" fue creado en 2021 como un suplemento al Programa Potenciar Trabajo, estaba dirigido a aquellas personas que desempeñaban tareas sin generar ingresos adicionales, como el trabajo socio comunitario

⁵ Ambos programas tienen una duración de 24 meses y ofrecen una transferencia de dinero fija de \$78.000. El programa "Volver al Trabajo" está dirigido a personas de entre 18 y 49 años, consideradas en edad productiva, mientras que el programa de "Acompañamiento Social" se destina a personas mayores de 50 años o a madres de cuatro o más hijos menores de 18 años.

se redujo a la mitad congelándose desde diciembre del 2023 en \$78.000. Durante mis visitas, pude reconstruir cómo, a través de la entrega de alimentos y materiales didácticos (como juegos de mesa, lápices y témperas), se concretaban otros financiamientos estatales, provenientes del entonces Ministerio de Desarrollo Social de la Provincia, de la Secretaría Nacional de la Familia (SENAF) (hoy desmantelada) y, de manera intermitente, del municipio de Tres de Febrero. En esta línea, numerosos estudios han investigado la relación entre las experiencias de cuidado comunitario y su sostenimiento, a partir de diversas fuentes estatales (Paura y Zibecchi, 2014; Zibecchi, 2014). Estos trabajos destacan como determinados programas e iniciativas estatales se articularon con estas experiencias, brindando fondos, insumos e incluso fomentando la creación de estos espacios. En el caso del EPI, se observaba como la relación con diversos organismos estatales, desde secretarías hasta universidades, a través de la participación en cursos y talleres de formación para las trabajadoras contribuía a la producción del espacio. Resulta esencial observar cómo estos vínculos entre las trabajadoras del EPI y los distintos niveles del Estado son resultados de "encuentros" entre el Estado y la población (Poole, 2012; Lynch Cisneros, 2012). En este sentido, recuperando a Fernández Álvarez (2017), es importante destacar el potencial creativo que surge cuando el Estado interactúa con organizaciones colectivas y cómo, en el caso particular del EPI, ese encuentro toma forma a partir de herramientas formativas que las trabajadoras se apropian y las reivindican como una estrategia para poner en valor su trabajo.

Graciela, había mencionado que se llevó a cabo un proceso exhaustivo de selección y capacitación del personal, que incluyó un análisis de las trayectorias laborales previas y una formación especializada en diversas áreas del cuidado infantil. En este marco, se seleccionaron 10 mujeres del Movimiento Evita, todas con una amplia experiencia en diferentes espacios relacionados con el cuidado. Con el tiempo, el equipo experimentó cambios significativos, y muchas de las trabajadoras dejaron de asistir, reduciendo el personal a solo tres educadoras y cuidadoras y una cocinera. El 23 de agosto de 2023, durante una entrevista colectiva, las trabajadoras del EPI reconstruyeron sus trayectorias laborales previas.

Paola, tenía 42 años, trabajaba junto a su hija Daiana en el EPI y fue una de las cuidadoras y educadoras preseleccionadas desde el inicio del proyecto, continuando hasta la actualidad. En la entrevista mencionó que comenzó a trabajar a los 14 años limpiando en un centro de estética y, más tarde, pasó a trabajar junto a su madre, quien desde que ella recuerda se ha desempeñado en el servicio doméstico para una familia. Con el tiempo, empezó a militar en el Movimiento Evita y comenzó a colaborar en una salita del barrio Capitán Bermúdez, donde se encargaba de pesar y

medir a los y las niñas del lugar. Actualmente, combina su trabajo en el EPI con diversas changas, como la reventa de productos Avon y la venta a través de WhatsApp de una variedad de artículos que van desde ropa interior y conjuntos deportivos hasta yerba, gaseosas y galletitas.

Daiana, era la trabajadora más joven del EPI, tenía 22 años, y estaba rindiendo las últimas materias del secundario. Ya se había inscripto en el profesorado para ser maestra de nivel inicial. Recordaba que, desde muy pequeña, acompañaba a su madre, Paola, a diferentes espacios comunitarios del Movimiento Evita en el barrio Capitán Bermúdez, donde pasaba horas jugando con sus amigos del barrio. Durante la entrevista reflexionaba cómo esos espacios funcionaban como puntos de encuentro para los y las vecinas y, en determinados días, ofrecían apoyo escolar, al que asistía junto a sus amigos. A medida que creció, siguió habitando esos espacios, pero su rol cambió: pasó de ser una niña que recibía apoyo escolar a ser quien lo brindaba. Finalmente, Daiana mencionaba que el EPI es su primer empleo y fuente de sustento.

Mercedes, tenía 54 años y era madre de dos hijos. Durante muchos años trabajó en la sociedad de fomento de su barrio como personal de limpieza, para luego unirse a una empresa privada en la que brindaba cuidados a personas mayores. Sin embargo, tras años de agotadoras jornadas y desgaste físico, decidió dejar ese empleo y comenzó a trabajar como moza. Finalmente, en el 2020 comenzó a trabajar como cocinera en el EPI.

Graciela, la directora del EPI, hacía más de 15 años que era militante del Movimiento Evita, mencionaba que haber comenzado a militar le cambió la vida y le dio más independencia. También, al igual que sus compañeras, contaba con una extensa trayectoria vinculada al ámbito del cuidado. Vivía sola con sus dos hijas y, a lo largo de su vida, había trabajado muchos años cuidando niños, niñas y adultos mayores. Comentaba que siempre trabajó de manera independiente, y ahora, cerca de los 60 años y con la edad para jubilarse, enfrentaba la dificultad de no contar con aportes previsionales. Actualmente, por las tardes trabajaba "por hora" en una casa de familia. También en sus escasos ratos libres, se dedicaba a la venta de productos de Natura y purificadores de agua, con el fin de generar ingresos adicionales.

Las entrevistas realizadas a las trabajadoras del EPI dan cuenta que las trayectorias laborales de estas mujeres están estrechamente relacionadas con el ámbito de los cuidados. Ya sea en el cuidado de niños, adultos mayores o en el trabajo comunitario, sus experiencias han girado en torno a roles de cuidado. Estos datos, se condicen con el análisis de Zibecchi (2013) para el caso de referentes de organizaciones sociales y comunitarias del AMBA, en donde destaca que muchas de las mujeres en este sector tienen antecedentes en el servicio doméstico remunerado, a menudo bajo la modalidad

'sin retiro'. Por su parte, al analizar las trayectorias de Paola y Graciela, se observa que, además de trabajar en el EPI, ambas revenden productos cosméticos. Paola complementa esta actividad con la venta de mercadería y ropa por WhatsApp, mientras que Graciela combina la reventa de purificadores de agua con su trabajo en una casa particular. Estas actividades se realizan de manera simultánea, lo que refleja la necesidad de generar múltiples fuentes de ingresos. Tal como señala Zibecchi (2014), es común que las mujeres que se desempeñan en el ámbito del cuidado combinen este trabajo con otros empleos informales y precarios, como la venta de productos o la colaboración en emprendimientos familiares, con el fin de sostener su labor de cuidado en el ámbito comunitario. Estas estrategias pueden interpretarse a la luz de la noción de pluriempleo, tal como lo analizan María Inés Fernández Álvarez y Julieta Quirós (2021) en su estudio sobre vendedores ambulantes y agricultores familiares, donde describen cómo estos sectores combinan y alternan diversas labores, changas y empleos temporarios, articulando de manera particular espacios y tiempos de trabajo heterogéneos. Asimismo, las autoras destacan cómo el “rebusque” en el caso de los vendedores ambulantes, y la “pluriactividad” en el caso de los agricultores familiares permiten ejercer determinadas formas de soberanía sobre las maneras de ganarse la vida. Así, los trabajadores y trabajadoras tienen autonomía y control de su tiempo de trabajo.

‘Nosotras somos cuidadoras y educadoras populares, porque no hay cuidado sin educación ni educación sin cuidado’, me dijo Graciela el primer día que la conocí. Esta frase, que era su lema, cobró sentido a lo largo de mis visitas al espacio. Como argumentó Santillán (2014; 2017) en sus estudios etnográficos sobre las prácticas cotidianas de cuidado y educación infantil, estas dos dimensiones eran inseparables y fundamentales para el desarrollo integral del individuo. Así, estas iniciativas comunitarias abordan una amplia gama de aspectos vinculados al cuidado, incluyendo tanto el bienestar físico y nutricional como el desarrollo emocional y social. En sintonía con esa reflexión, el trabajo realizado en el EPI iba mucho más allá de la tradicional labor asistencialista: las trabajadoras no solo se aseguraban de que los niños y niñas comieran y descansaran, sino que implementaban el enfoque de educación popular, acuñado por Paulo Freire. Este enfoque pedagógico se basaba en un proceso educativo contextualizado, donde el diálogo y las actividades colectivas promovían el desarrollo integral de cada niño y niña. En esta línea, las trabajadoras del EPI realizaban un conjunto de prácticas de cuidado que reflejaban un nivel de profesionalización comparable al de los jardines formales, brindando un servicio igual o incluso superior. Esta observación puede ser pensada en sintonía con los análisis de Zibecchi y Mouriño (2012) y Santillán (2007; 2014), quienes destacaron que el nivel inicial del sistema educativo formal actúa como un

modelo y referencia a imitar. Las cuidadoras y educadoras populares del EPI establecían previsibilidad en las actividades que desarrollaban, lo que se traducía en múltiples prácticas de cuidado diarias, como la preparación de los salones, la planificación de actividades y elaboración de la comida. Asimismo, estaban atentas a la salud y el aseo de los y las niñas, detectando rápidamente anomalías como resfríos, alergias o falta de apetito. Otra práctica que reflejaba su profesionalismo era el manejo del tiempo y del ambiente, sabían cómo generar un entorno pedagógico que facilitara el aprendizaje y el bienestar emocional, estimulando la curiosidad y la autorregulación, además de mediar en disputas mediante un enfoque explicativo. Las cuidadoras y educadoras se esforzaban por crear un entorno de juego seguro para prevenir accidentes y respondían ágilmente cuando estos ocurrían. También se podía observar la planificación y realización de actos patrios, la presentación de carpetas de trabajos y entrega de boletines a finales de año, tal como ocurre en los jardines de infantes formales. Esta similitud, entre las prácticas de cuidado en experiencias socio comunitarias y las implementadas en la educación formal, constituía una apuesta por evidenciar la profesionalidad de las cuidadoras y educadoras populares, otorgando legitimidad y valor a su trabajo.

No obstante, mediante otro conjunto de estrategias y prácticas implementadas en el espacio, se observa cómo la noción de cuidado adquiere un significado particular, reflejando las trayectorias militantes de las trabajadoras vinculadas a una impronta popular y a las condiciones que posibilitaban la existencia del EPI. En este contexto, el EPI formaba parte de una iniciativa más amplia del Movimiento Evita y de la UTEP, que buscaba generar espacios socio-comunitarios de cuidado infantil y profesionalizar a las trabajadoras. Las organizaciones sociales, tienen una larga trayectoria en la territorialización de los cuidados y la educación popular, impulsado la creación de estas experiencias surgidas al calor de las necesidades de los sectores populares. Así, en el espacio estudiado, se despliegan prácticas de cuidado específicas que atienden las demandas de las familias en barrios populares. Una de las características más destacadas de esta experiencia, era que se priorizaban las necesidades de las familias, más allá de las definiciones institucionales y horarios escolares. De este modo, aunque los horarios del EPI estaban establecidos, se flexibilizaban en ocasiones para adaptarse a los horarios laborales de las familias, permitiendo que las y los niños permanecieran antes de la apertura y luego del horario de cierre del EPI. Asimismo, era común que frente a los escasos recursos que tenía el EPI, las trabajadoras implementaran ciertas estrategias para sostener el funcionamiento de este. Por ejemplo, compartían el espacio y los mobiliarios con otras experiencias, como un bachillerato popular para adultos, lo que permitía dividir gastos de servicios. Complementariamente, otra de las estrategias para cubrir necesidades como la compra de insumos

de limpieza, era recaudar fondos, impulsando rifas, ferias del plato y solicitando donaciones a las familias y los negocios del barrio. Sumado a estas estrategias, las educadoras y cuidadoras del EPI desplegaban su creatividad para adaptar los juegos y actividades a las posibilidades reales del lugar. Por ejemplo, durante las dos semanas antes de las vacaciones de invierno, llevaron a cabo un juego que vieron en TikTok para aprender los colores, pero adaptándolo a los recursos del EPI. El mismo, consistía en dedicar cada día de la semana a un color específico. Para ello, armaron una cartulina dividida en cuatro partes, y a cada sección le asignaron un color: rojo, azul, naranja y amarillo. Cada color correspondía a un día de la semana. Aquel miércoles 10 de julio, era el turno del color naranja, y las educadoras y cuidadoras prepararon la mesa con diferentes objetos propios del EPI de ese color. Sobre la mesa había pelotitas del pelotero, bloques y conos de color naranja, incluso compraron snacks y bebidas del color en cuestión, para hacer la experiencia más inmersiva. Otra de las particularidades del EPI, en tanto experiencia de cuidado comunitario y popular, era que cada vez que se realizaba alguna jornada abierta con las familias, ya sea en algún acto patrio o reunión, las trabajadoras mencionaban la realidad social que atravesaban. Abordaban el problema de la falta de salarios y el escaso reconocimiento de su trabajo a nivel social. Hablaban del contexto actual, en el que las medidas impartidas por el gobierno neoliberal de turno estaban causando estragos en los sectores populares y dificultando la sostenibilidad de este tipo de iniciativas. En este sentido, destacaban la importancia de las organizaciones sociales para la existencia de estos espacios. Estas estrategias y prácticas de cuidado evidencian particularidades propias de un espacio socio comunitario con una fuerte impronta popular, habilitando una noción de cuidado más amplia. En este sentido, si bien se adoptan ciertos aspectos de los entornos educativos más formales, también se incorporan características específicas de un espacio creado en función de las necesidades de los sectores populares, adaptando sus estrategias a las posibilidades de sostenimiento del lugar.

Profesionalizando saberes, demandando valorización

Diversos estudios han indagado sobre la distribución y organización social de los cuidados, subrayando la centralidad de las familias y las mujeres en esta tarea (Rodríguez Enríquez, 2007; Esquivel, Faur y Jelin, 2012). En esta línea, el concepto de desfamiliarización de los cuidados desarrollado por Fournier (2017) resalta un proceso en el cual las familias trasladan y colectivizan la responsabilidad del cuidado, llevándola más allá de los límites del hogar hacia un ámbito social más amplio. Al analizar la experiencia del EPI, a la luz de este concepto, podemos observar que el

rol de las educadoras y cuidadoras era esencial en la dinámica de cada familia que asistía. Su presencia no solo garantizaba un espacio seguro para los y las niñas, sino que brindaba a las familias la tranquilidad de saber que sus hijos e hijas estaban al cuidado de personas capacitadas, mientras ellos trabajaban, estudiaban o atendían otras responsabilidades. Durante mis visitas, escuché en varias ocasiones agradecimientos por el trabajo realizado en el EPI, destacando la estimulación y el cuidado personalizado que recibían sus hijos. Si bien, las devoluciones brindadas por las familias del EPI representaban una cierta forma de reconocimiento del trabajo realizado, resultaban insuficientes para valorar plenamente la labor de las cuidadoras y educadoras. Esta situación puede ser interpretada a partir de los análisis de England (2005), en tanto subraya la paradoja de que, aunque el trabajo de cuidado resulta fundamental para el desarrollo de capacidades físicas, emocionales e intelectuales, quienes lo realizan enfrentan dificultades para exigir mejores condiciones laborales, en parte debido a la naturaleza emotiva de la tarea. Estas prácticas cotidianas de cuidado comunitario dan cuenta que las trabajadoras de estos espacios despliegan saberes y competencias interpersonales y emocionales que contribuyen a la consolidación de tareas, oficios y profesiones vinculadas con el cuidado, pero no son valoradas como tales (Rodríguez Enríquez, 2007; Arango Gaviria, 2010; Fournier, 2017; Pinto, 2023). Las cuidadoras y educadoras del EPI, en este sentido, desafiaban y problematizaban la romantización de su labor, que solía expresarse en frases como "lo hacemos por amor" o "son como mis hijos", y resaltaban la falta de reconocimiento tanto de su trabajo como de los saberes que este implicaba, al tiempo que ponían de manifiesto una demanda política orientada a una remuneración económica digna.

A lo largo de los años, las demandas vinculadas a iniciativas de cuidado infantil han sido reflejadas a través de movilizaciones que exigían la implementación de fondos, adquiriendo un carácter de politización y contribuyendo a la construcción de una agenda que reivindicaba la responsabilidad pública en el desarrollo de niños y niñas. No obstante, estas demandas se centraban principalmente en la defensa de la sostenibilidad de los centros y el bienestar infantil (Fournier y Gorgoschidse, 2014). Por su parte, el reclamo por la remuneración y la protección de las trabajadoras fue politizado en el ámbito público, ganando relevancia como un eje estratégico, más recientemente a partir de las movilizaciones del movimiento Ni Una Menos. Esta demanda por la valorización económica de las trabajadoras, se articula con un proceso de disputa más amplio llevado a cabo por las organizaciones sociales donde vienen reclamando el reconocimiento de un conjunto de trabajos que escapan a la concepción tradicional del mismo, asociada al salario y al ámbito mercantil, visibilizando la relevancia social y económica de conjunto de labores esenciales para el sostenimiento de la vida en

los barrios populares (Fernández Álvarez, 2016; Fernández Álvarez y Pacífico, 2022; Señorans y Pacífico, 2023). En este marco, las organizaciones sociales vienen produciendo la noción de trabajo socio comunitario como una categoría política que engloba a todas aquellas tareas vinculadas al cuidado en un sentido amplio: como la asistencia alimentaria, el acompañamiento educativo a las infancias y la promoción de la salud, entre otras. Así, desde la UTEP, a partir de la creación de su rama socio comunitaria visibilizan y llevan a cabo un proceso de construcción de demandas en torno a todos a los trabajos comunitarios, realizados mayormente por mujeres en los barrios populares.

Como parte del proceso de reconocimiento del trabajo socio comunitario, las organizaciones adoptaron como estrategia implementar procesos de profesionalización de la actividad. Estas iniciativas se nutren de las recomendaciones internacionales que subrayan la importancia de profesionalizar las actividades relacionadas con el área de cuidados, con el objetivo de jerarquizarlas y desvincularlas de la habitual asociación con habilidades y predisposiciones supuestamente inherentes a la condición femenina (OIT, 2011; ONU Mujeres, 2022). En el marco del EPI, las trabajadoras llevaron a cabo un proceso de profesionalización a través de una amplia gama de formaciones, que incluyen cursos, diplomaturas y talleres. Muchas de estas capacitaciones comenzaron incluso antes de la apertura del EPI, con el objetivo de prepararlas de manera integral para su trabajo. Las formaciones abarcaban una variedad de temas vinculados al cuidado, desde cursos con doulas —mujeres especializadas en brindar apoyo durante el embarazo, parto y posparto—, hasta capacitaciones en lactancia, seguridad e higiene, primeros auxilios, alimentación infantil, atención a la discapacidad, así como talleres de teatro y música. Estas propuestas formativas provenían de un amplio conjunto de instituciones, entre ellas la Universidad Nacional de Tres de Febrero (UNTREF) y la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM); distintas áreas estatales, como son el Ministerio de Educación y el Ministerio de Desarrollo Social de la Provincia, la SENAF y en ocasiones el Municipio de Tres de Febrero; así como ONG's y organizaciones sociales. Un ejemplo reciente fue su participación en un curso sobre Abuso Sexual Infantil, dictado en el marco de Infancias Libres, una red de formación organizada por Movimiento Evita en distintos distritos. Este espacio también ha brindado talleres sobre la Educación Sexual Integral (ESI), constituyendo un semillero para que nuevas compañeras se formen y eventualmente se sumen a los EPI's. De esta manera, la experiencia de profesionalización en el EPI, donde las trabajadoras no solo obtuvieron saberes técnicos, sino también certificaciones oficiales, constituyó un paso crucial en la construcción de una identidad profesional. Este proceso de formación continua contribuye a reivindicar el cuidado comunitario como un trabajo calificado y complejo.

Un viernes, luego de que se habían ido todos los y las niñas, Graciela, Paola y Daiana comenzaron a enumerar muy orgullosas todos los diplomas que fueron adquiriendo a lo largo de las formaciones realizadas. Esta situación ponía de manifiesto el profundo valor que estas mujeres les otorgaban a los saberes adquiridos. Esos tipos de gestos ponían de relieve cómo los procesos formativos no solo les brindan herramientas para su trabajo cotidiano, sino que también les proporcionan un reconocimiento que, para ellas, era fundamental. Recuperando una reflexión de Arango Gaviría (2010) el proceso de profesionalización habilita un reconocimiento económico, pero también moral a las habilidades y los saberes adquiridos previamente. Así, más allá de lo técnico, estas experiencias generan una sensación de gratificación personal y profesional, validando un trabajo históricamente invisibilizado. Las formaciones no sólo les ofrecían nuevas herramientas, sino que también contribuían a consolidar una postura política frente a su trabajo, otorgándole mayor valor.

Graciela había enfatizado el trabajo de autogestión que implicaba el EPI. Subrayaba el esfuerzo personal y colectivo necesario para mantener el espacio, mencionando que ese compromiso se basaba en la militancia política y no en la remuneración económica de \$78.000 que recibían a través del programa social Potenciar Trabajo, ahora reconvertido en el programa Volver al Trabajo. Esta apreciación podía ser analizada a la luz de su trayectoria como militante popular del Movimiento Evita por más de 15 años, Siguiendo lo expresado por Graciela y de acuerdo con Cardarelli (2005) y Label (2005), las iniciativas comunitarias en los barrios se caracterizan por la discontinuidad de los recursos y una fuerte dependencia del trabajo voluntario, para sostener el funcionamiento diario. Al analizar estas experiencias en el contexto político-social actual, marcado por el congelamiento de los montos de las transferencias monetarias, la desarticulación en la entrega de recursos a comedores y merenderos, y la pérdida de poder adquisitivo debido a la inflación persistente, la situación de las trabajadoras socio comunitarias se ve aún más agravada. Así, lo expresaba Daiana, en una de las jornadas abiertas que el EPI realizó junto a las familias:

"Si hoy hablamos de economía, este trabajo no me sirve ni a mí ni a mis compañeras, pero resistimos y les pedimos que nos ayuden a seguir adelante. A pesar de estar sumamente capacitadas y de que, como habrán notado, sus hijos reciben una estimulación constante y una atención muy personalizada, estamos cobrando solo \$78.000 por mes, no podemos seguir viviendo así, necesitamos un salario digno...."

Las palabras de Daiana sintetizaban la situación de todas las trabajadoras del EPI y podían leerse como parte de una disputa por un salario digno y por el reconocimiento del trabajo que realizaban. Lejos de resignarse a la invisibilización de sus labores, las trabajadoras del sector han llevado adelante un proceso de construcción de demandas que busca poner en valor sus conocimientos y

competencias, desafiando la idea de que su trabajo es innato o un simple acto de caridad. Esta lucha por el reconocimiento no solo exige una remuneración acorde, sino también el reconocimiento social y simbólico que otros trabajos reciben. Así, sus demandas no son solo económicas, sino también políticas en tanto disputan la histórica invisibilización y desvalorización del trabajo de cuidado.

Asimismo, a pesar de que es evidente que el ingreso monetario percibido de \$78.000 es simbólico -insuficiente para vivir-, lo que las obliga a buscar otros empleos y trabajar más de 12 horas al día, Graciela mencionaba que a menudo eran señaladas como "choriplaneras" o "vagas". Esta descalificación forma parte de un patrón más amplio de deslegitimación que históricamente ha recaído sobre los sectores populares y los trabajos de cuidado (Fernández Álvarez, Wolanski y Señorans et al., 2019). La retórica estigmatizadora que acompaña este proceso responde a una estrategia que busca desvalorizar sus saberes y contribuciones, reforzando la precarización de su trabajo. Así, los ataques actuales del gobierno, que las coloca bajo sospecha, no son más que una reiteración de ese mismo mecanismo para desacreditar a estos colectivos y a los sectores sociales que representan, reforzando la exclusión social e incentivando la desarticulación política.

Las reestructuraciones económicas impulsadas por el nuevo gobierno afectaron de manera directa el funcionamiento del EPI, generando nuevas dinámicas. Graciela solía recordar que, en sus inicios, el equipo de educadoras y cuidadoras del EPI era considerablemente más numeroso, llegando a contar con diez compañeras. Sin embargo, el contexto político, económico y social provocó que muchas de ellas dejaran de asistir, ya que el ingreso monetario que percibían resultaba insuficiente, viéndose forzadas a buscar otros empleos. Esta situación recayó sobre las educadoras y cuidadoras que permanecieron, quienes debieron reorganizar las actividades del EPI para sostener su funcionamiento a pesar de la sobrecarga laboral. En respuesta se adoptaron una serie de estrategias para ajustar sus servicios y asegurar su sostenibilidad. Los horarios de atención fueron reducidos a cuatro horas, y los días de funcionamiento pasaron de cinco a tres días por semana. Con el fin de ofrecer una remuneración más digna a las trabajadoras, se implementó una cuota para cada familia. En ese contexto ante la falta de ingresos y la reducción de personal, el EPI comenzó a articular con otros espacios del Movimiento Evita, particularmente con el área de cultura. En este acuerdo, el EPI proporcionaba el espacio y las instalaciones, mientras que el área de cultura se encargaba de atraer clientes y ofrecer la animación para las fiestas infantiles. Esta sinergia permitía generar ingresos adicionales y aprovechar el potencial del espacio para afrontar las dificultades económicas. La reinención y articulación con otros sectores en tiempos de crisis puede ser leída en perspectiva con lo sucedido durante de crisis del COVID 19 en donde, ya una serie de informes han puesto sobre la

lupa la capacidad con que las y los trabajadores de la economía popular pudieron reinventarse para seguir ganándose la vida (Sanchis, 2020; Sterling Plazas et al. 2020; Fernández Álvarez, Laurens, Stefanetti, 2022). Estas situaciones dejan en evidencia, la versatilidad adquirida por las y los trabajadores de la economía popular, en tanto en ambas ocasiones se pusieron en práctica conocimientos previos sobre la actividad laboral, al tiempo que incorporaron nuevos aprendizajes para enfrentar las circunstancias impuestas ante las crisis. Siguiendo a Fernández Álvarez (2022), esta capacidad de adaptación se enmarca en una trayectoria de aprendizaje acumulado a lo largo de años, de crisis, enfrentadas con, contra y desde el Estado, en donde las organizaciones han continuado desarrollando dispositivos de bienestar colectivo y proyectando futuros posibles, evidenciando una notable capacidad para innovar y responder a desafíos emergentes. Recuperando la reflexión de la autora, se observa cómo en el EPI se implementaron diversas estrategias para sostener el espacio en estos momentos de crisis. Entre ellas, destaca la continuidad del proceso de profesionalización de sus actividades, considerándolo una de las principales herramientas para avanzar en la lucha por el reconocimiento como trabajadoras. Al tiempo que se observaron cambios en las dinámicas internas y se promovió la articulación con otros espacios, lo que fortaleció su capacidad de organización y colaboración.

Reflexiones finales

En esta ponencia, se compartieron una serie de reflexiones en torno a las prácticas de cuidado llevadas a cabo en un EPI, en el marco de un proceso de organización colectiva y de demandas por el reconocimiento del trabajo socio-comunitario. En particular, se indagó cómo las trabajadoras del "El Mundo del Revés" dotaron de significado la noción de "cuidado" a partir de sus prácticas cotidianas. Al identificarse como cuidadoras y educadoras populares, se distanciaron de nociones asistencialistas del cuidado, destacando las particularidades de las prácticas realizadas en un EPI popular, en el marco de una trayectoria organizativa y comunitaria. Siguiendo a Fournier (2017), estas iniciativas representan un proceso de politización de los cuidados, dado que las organizaciones comunitarias problematizan este trabajo como una responsabilidad del Estado y de la sociedad en su conjunto, produciendo una demanda por el reconocimiento de las tareas que realizan las trabajadoras de estos sectores. Este proceso, conlleva asimismo disputar el valor político de los cuidados (Tronto, 2020), el cual sigue estando fuertemente deslegitimado y poco valorado, en parte debido a su componente afectivo (Folbre, 2017; England, 2005). En respuesta a esta situación, desde

hace décadas los movimientos feministas han librado históricas batallas desafiando la concepción tradicional del cuidado, demandando su reconocimiento como trabajo.

El escenario abierto a partir de las movilizaciones de Ni Una Menos y las demandas del feminismo popular abrieron la oportunidad para visibilizar una concepción ampliada del trabajo, incluyendo los cuidados. Esta reivindicación puede ponerse en diálogo con lo planteado por la economía popular, en tanto su demanda principal se orienta hacia el reconocimiento laboral y el acceso a derechos para sectores excluidos del mercado formal. Así, la reivindicación del trabajo de cuidados socio comunitarios se integra en una lucha política más amplia, que entrelaza la demanda de derechos laborales para trabajadores de la economía popular con el reconocimiento de los trabajos de cuidado. En este marco, una de las estrategias claves en esta lucha por su reconocimiento ha sido la profesionalización de la actividad, un proceso que buscó y busca plasmar los saberes de las trabajadoras en diplomas y títulos, habilitándoles acceder a un cierto reconocimiento oficial y a una remuneración digna. Estos cursos y formaciones producen una identidad profesional que las educadoras y cuidadoras del EPI han construido a lo largo del tiempo. Observar como las trabajadoras del EPI se apropian de las formaciones brindadas por diferentes instituciones estatales, y las transforman en una estrategia para reivindicar y visibilizar su trabajo, da cuenta del carácter creativo de las organizaciones ante los encuentros con el Estado, en los términos propuestos por Fernández Álvarez (2017). Sin embargo, la disputa por poner en valor su trabajo ha enfrentado embates en los últimos meses, producto de una serie de políticas neoconservadoras que han puesto en jaque y cuestionado su trabajo socio comunitario. Ante esta situación, las trabajadoras desplegaron su creatividad, implementando nuevas estrategias para continuar sosteniendo el espacio y su trabajo. Esto ha implicado la articulación con otros sectores y la reorganización de los días y horarios de funcionamiento del EPI.

Los hallazgos plasmados en estas páginas revelan cómo las trabajadoras socio comunitarias a través de sus múltiples prácticas cotidianas, significan el cuidado de una manera particular, dando cuenta de su capacidad de adaptación y creatividad frente a contextos adversos. En este sentido, el proceso de profesionalización que llevan a cabo es clave para validar sus saberes adquiridos en la práctica, fortaleciendo su identidad como cuidadoras y educadoras populares, así como para fortalecer sus demandas en torno a un reconocimiento como trabajadoras de la economía popular.

Referencias Bibliográficas

- Arango Gaviria, L. G. (2011). "El trabajo de cuidado: ¿servidumbre, profesión o ingeniería emocional?". En Arango Gaviria, L. G. y Molinier, P. (comps.) *El trabajo y la ética del cuidado*. Medellín, Colombia: La Carreta Editores.
- Bear, L., Ho, K., Tsing, A., & Yanagisako, S. (2015). Gens: A Feminist Manifesto for the Study of Capitalism. *Cultural Anthropology Website*, 30.
- Cardarelli, Graciela (2005). Los niños están en todas partes: Modalidades «formales» y «no formales» de atención a la primera infancia. En Marcela Pereira (Ed.), *Intervenciones en primera infancia* (pp. 23-44). Buenos Aires: Novedades Educativas.
- England, P. (2005). "Emerging Theories of Care Work". *Annual Review Sociology*, 31, 381-399.
- Esquivel, V., Faur, E. & Jelin, E. (2012). Hacia la conceptualización del cuidado: familia, mercado y Estado. En V. Esquivel, L. Faur & E. Jelin (Eds.), *Las lógicas del cuidado infantil. Entre las familias, el Estado y el mercado* (pp. 11-44). Buenos Aires: IDES.
- Fernández Álvarez, M. I. (2016). Experiencias de precariedad, creación de derechos y producción colectiva de bienestar(es) desde la economía popular. *Revista Ensamblés*, 3(4/5), 72-89.
- Fernández Álvarez, M. I. (2017). *La política afectada. Experiencia, trabajo y vida cotidiano en Brukman recuperada*. Prohistoria.
- Fernández Álvarez, M. I. (2018). Más allá de la precariedad: Prácticas colectivas y subjetividades políticas desde la economía popular Argentina. *Íconos-Revista de Ciencias Sociales*, 62, 21-38.
- Fernández Álvarez, M. I., Wolanski, S., Señorans, D., Pacífico, F., Pederiva, C., Laurens, M. P., Sciortino, S., Sorroche, S., Taruselli, V., & Cavigliasso, C. (2019). Bajo Sospecha. Debates urgentes sobre las clases trabajadoras en Argentina. Callao Cooperativa Cultural.
- Fernández Álvarez, M. I. (2022). (Re)inventarse el trabajo en tiempos de pandemia. En P. Pérez & M. Busso (Coords.), *Economía, trabajo y pandemia: Apuntes sobre modelo productivo y mercado laboral en Argentina* (pp. 135-155). Tren en Movimiento.
- Fernández Álvarez, M. I., & Pacífico, F. (2022). Precarity, Care and Popular Economy in Latin America. En *Oxford Research Encyclopedia of Anthropology*. Oxford University Press.
- Quirós, J. y Fernández Álvarez, M.I (septiembre de 2021). Ganarse la vida. Economía popular, pluriactividad y soberanía, asuntos para la agenda política. *La Nación Trabajadora*
- Fernández Álvarez, M. I., Laurens, M. P., & Stefanetti, C. (2022). Sostener la vida: Las Organizaciones de trabajadores y trabajadoras de la economía popular más acá y más allá de la pandemia del COVID 19. En P. Dalle (Ed.), *Estructura social de Argentina en tiempos de pandemia. Tomo 2: Respuestas estatales, experiencias de trabajadoras/es y estrategias colectivas de resistencia en tres sectores estratégicos*. Colección IIGG-Agencia I+D+i/Imago Mundi.
- Folbre, N.(2006). "Measuring Care: Gender, Empowerment, and the Care Economy". *Journal of Human Development*, N° 7: 183-199
- Folbre, N. (2017). "The Care Penalty and Gender Inequality". En S. Averett, L. Arys, & S. Hoffman, *The Oxford Handbook of Women and Economy* (págs. 1-28). Oxford: Oxford University Press.
- Fournier, M. (2017). La labor de las trabajadoras comunitarias de cuidado infantil en el conurbano bonaerense: ¿Una forma de subsidio de "abajo hacia arriba"? *Trabajo y Sociedad*, (28), 37-52.
- Fournier, M. L., & Gorgoschidse, A. N. (2014). Derechos y cuidados en tensión: La organización social del cuidado en sectores populares urbanos. En *1ª Bienal Latinoamericana de Infancias y*

Juventudes (pp. [números de página]). Centro de Estudios Avanzados en Niñez y Juventud – CINDE, Universidad de Manizales – CLACSO.

Fournier, M., & Loritz, E. (2022). Argentina: Colectivizando el cuidado, reinventando el trabajo y la solidaridad en barrios populares de Buenos Aires. En C. Verschuur, I. Guérin, & I. Hillenkamp (Dir.), *Reorganizar la reproducción social, democratizar la economía solidaria, repensar el valor* (p. 93). Universidad Nacional de General Sarmiento.

Grimberg, M., Fernández Álvarez, M. I., & Rosa, M. (Eds.). (2009). *Estado y movilización social: Estudios etnográficos en Argentina y Brasil. Estado y movimientos sociales: estudios etnográficos en Argentina y Brasil*. Antropofagia, Buenos Aires.

Guzmán, M. C. (2020). *Educadoras populares: La protección integral de la primera infancia a partir de iniciativas comunitarias en la Provincia de Buenos Aires* (Tesis de maestría, FLACSO Argentina). Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO)

Hochschild, A. (2008). *La mercantilización de la vida íntima. Apuntes de la casa y el trabajo*. Katz.

Label, C. (2005). La tarea de la educadora no docente en las instituciones comunitarias. En Marcela Pereira (Ed.), *Intervenciones en primera infancia* (pp. 69-101). Buenos Aires: Novedades Educativas.

Lynch Cisneros, J. (2012). "Reconfiguraciones del poder y la gestión local: afectos y tensiones que reinventan el Estado". *Revista Antropológica PUCP*, XXX (30), 151-168.

ONU Mujeres. (2022). *El trabajo doméstico y de cuidados conforman un sector feminizado con alta informalidad y bajos salarios*. <https://lac.unwomen.org/es/stories/noticia/2022/09/el-trabajo-domestico-y-de-cuidados-conforman-un-sector-feminizado-con-alta-informalidad-y-bajos-salarios>

Organización Internacional del Trabajo. (2011). *Convenio 189. Trabajo Decente para las trabajadoras y los trabajadores domésticos*. Ginebra: OIT. Recuperado de: <https://webapps.ilo.org/static/spanish/buenos-aires/trabajo-infantil/resource/docs/sabermas/normativa/c189.pdf>

Pacífico, F. (2020). Hacer política con y desde las casas: Reflexiones etnográficas sobre prácticas colectivas de mujeres titulares de programas sociales. *Ciudadanías*, 7, 1-30.

Paura, V., & Zibecchi, C. (2014). Mujeres, ámbito comunitario y cuidado: Consideraciones para el estudio de relaciones en transformación. *La aljaba*, 18, 125-148.

Picchio, A. (2009). "Condiciones de vida: Perspectivas, análisis económico y políticas públicas". *Revista de Economía Crítica* (7), 27-54.

Pinto, R. (2023). *Espacios municipales de cuidado y educación en la primera infancia en el conurbano bonaerense: Una aproximación en base a tres iniciativas municipales*. En 6.ª *Jornadas de Ciencia Política del Litoral*, Universidad Nacional del Litoral, 18 y 19 de mayo de 2023.

Poole, D. (2012). "Corriendo riesgos: normas, ley y participación en el Estado neoliberal". *Revista Antropológica PUCP*, XXX (30), 83-100

Rodríguez Enriquez, C. (2007). "Economía del cuidado, equidad de género y nuevo orden económico internacional". En A. Girón, & E. Correa, *Del Sur Hacia el Norte: Economía política del orden económico internacional emergente* (págs. 229-240). Buenos Aires: CLACSO.

- Sanchís, N. (2020). Ampliando la concepción de cuidado: ¿privilegio de pocos o bien común? En N. Sanchís (Comp.), *El cuidado comunitario en tiempos de pandemia... y más allá*. Buenos Aires. Asociación Lola Mora, Red de Género y Comercio.
- Santillán, Laura (2007). La «educación» y la «escolarización» infantil en tramas de intervención local: Una etnografía en los contornos de la escuela. *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, *XII* (34), 895-919.
- Santillán, L. (2014). "El cuidado y la educación infantil en experiencias comunitarias. Un análisis antropológico". *Educação, Sociedade & Culturas*, *41*, 91-108.
- Santillán, L. (2017). "¿Quiénes educan a los chicos? Una mirada desde la antropología sobre el cuidado, la enseñanza y la educación". En P. Redondo, & E. Antelo, *Encrucijadas entre cuidar y educar. Debates y experiencias* (págs. 17-36). Rosario: HomoSapiens.
- Santillán, L. (2019). "Nuestro norte son los niños": Subjetividades políticas y colectivización del cuidado infantil en organizaciones sociales del Gran Buenos Aires. *Runa, archivo para las ciencias del hombre*, *40*(2), 57-73. <https://doi.org/10.34096/runa.v40i2.6692>
- Señorans, D. y Pacífico, F. (2023). Los trabajos que valen. Diálogos a partir de dos etnografías junto a organizaciones de trabajadores de la economía popular. *Astrolabio Nueva Época*, *30*, 61-92.
- Sterling Plazas, S., García, I.L., García Tarsia, A., Fontanet, F., Rosa y P., García, A. (2020). *Situación y perspectivas de las cooperativas y organizaciones de la ESS en tiempos de Pandemia COVID-19. Grupo de Desarrollo Regional y Economía Social (DRyES)*. Centro de Estudios Urbanos y Regionales. (CEUR/CONICET)
- Tronto, J. (2020). *¿Riesgo o cuidado?* (A. Blanco, Trad.). 1.^a ed. Fundación Medifé Edita. (Horizontes del cuidado, 4).
- Zibecchi, C. (2013). *Trayectorias Asistidas: Un abordaje de los programas sociales en Argentina desde el enfoque de género*. Buenos Aires: Eudeba.
- Zibecchi, C. (2014). Cuidadoras del ámbito comunitario: entre las expectativas de profesionalización y el 'altruismo'. *Íconos. Revista de Ciencias Sociales*, (50), 129-145.
- Zibecchi, C. (2019). Trabajo y relaciones de cuidado en el espacio comunitario. En G. N. Guerrero (Ed.), *Los derroteros del cuidado: Perspectivas socioantropológicas* (pp. 115-135). Universidad Nacional de Quilmes.
- Zibecchi, C., & Mouriño, C. (2012). Estrategias alimentarias, económicas y provisión de cuidado: El caso de las familias receptoras de programas sociales asistenciales. En L. Pautassi & G. Gamallo (Dir.), *¿Más derechos, menos marginaciones?* (pp. 223-274).